

se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra; nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella; ha puesto en nuestras manos todo el poder del Cielo haciéndonos cristianos; y con este glorioso título ya somos en la tierra *la gente santa, el real sacerdocio, y el pueblo de adquisición*, de que habla el príncipe de los apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fé viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos; y, muy especialmente, con las de los diez y nueve últimos en que triunfa, reina, é impera la cruz de nuestro Redentor y glorificador. Para hacerlo así no olvidemos, que no tenemos en este mundo mansión que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y afición de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sábio; á ser, en una palabra, buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Kehemos, como él, una ojeada hácia el Cielo; y si tenemos fé, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso y de aquella gloria brillantísima, nos animará, nos fortalecerá, nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo cederá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esta es la vía, el camino y la senda de la felicidad eterna. Entremos en ella; sigámosla sin ladearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el Cielo, y marchemos á él como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicacion, y contemos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalén de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SANTA INÉS, VÍRGEN Y MÁRTIR.

Exemplum virtutis, et fortitudinis.
Fué un dechado de virtud y de fortaleza.

(II MACC. VI, 31.)

La misma religion que propone á nuestra fé las oscuras verdades que debemos creer, ofrece á nuestra piedad los admirables ejemplos que debemos imitar; ejemplos que á su vez son la apología más elocuente del Evangelio. ¿Por ventura resplandee su triunfo en alguno con mayor claridad que en el de la Santa, cuyas virtudes y triunfos voy á referir en el día de hoy? Ella es la gloria de Roma como lo fué Judith de Jerusalén; por ella vióse confundida la idolatría, y pareció admirable el cristianismo á sus tiranos. El Señor la protegía en los más árduos y penosos trabajos. Como víctima de la inocencia y de la fé, alcanzaba la dicha de ver aplaudida su victoria hasta por sus mismos enemigos; y sobre su cabeza se colocó la corona del pudor y del martirio, que excede sin comparacion á todas. Su santidad alentaba su fortaleza, y su fortaleza fué la recompensa de su santidad. Con el heroísmo de sus acciones, la multitud de sus prodigios y la fuerza de sus ejemplos, hizo, alternativamente, respetar y triunfar á la religion: *Exemplum virtutis et fortitudinis.*

Inés hizo durante su vida que la idolatría respetase á la religion. Estos fueron los ejemplos de su santidad. *Exemplum virtutis.* Punto primero. Inés hizo con su muerte triunfar á la religion de la idolatría. Tales fueron los ejemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis.* Punto segundo. Pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Los medios de que Dios se sirvió para hacer respetar á la religion durante la vida de Inés, me parece que fueron idénticos á los de que el Señor se valió para que esta misma religion fuese respetada en los

primitivos tiempos de su establecimiento. Dios escogió el instrumento más flaco del mundo para confundir lo que hay de más fuerte en él. Nació Inés en Roma, que dictaba leyes al universo, así como éste le había dado también dioses á ella... En el tiempo de sus brillantes triunfos era mucho ménos Roma que en los tristes dias de sus persecuciones. Casi no tenían sus victorias otro objeto que el de disputar al cristianismo sus altares y arrebatarle sus discípulos. Méenos celosa Roma en propagar su religion que atenta para defenderla, toda su política la hacia consistir en publicar bárbaros edictos, y todo su poder en hacerlos ejecutar. Cierto es que ya era aquella ciudad el centro de la Iglesia; pero de una Iglesia perseguida sin tregua, que casi contaba por el número de sus victimas el de sus discípulos. Por medio de unos templos secretos contruidos con suma rapidez en cuevas subterráneas, ocultaban á la vista de los perseguidores la santidad de sus sacrificios muchos hombres que los habitaban, capaces de despreciar los tormentos, aunque no de ser traidores á su fé. Los soberanos pontífices no salian de su retiro sinó para ser llevados al suplicio; pero no había otro recurso para ejercer la autoridad de su ministerio que el de ser constante y tener el valor necesario para los tormentos. No ha faltado quien dijera de Roma, que para conservar la religion había consentido en perder á sus ciudadanos; y que lo que tal vez no hubiera hecho á favor de sus conquistás, lo hizo para hacer respetar sus errores. Miéntras que aquella capital juzgaba á la religion cristiana y á sus discípulos por las siniestras imputaciones del odio y de la calumnia, ¿de qué medio os parece se valió el Señor para hacer en Roma respetable el Evangelio aún á la misma idolatría? Una tierna virgen, cuya virtud excita la admiracion, fué el débil pero persuasivo instrumento de que se sirvió para defender á la religion, combatida tanto en sus costumbres como en su culto.

¡Cuán poderosa es la verdad, cuando para convencer y admirar á sus enemigos, no les muestra más que la tierna imágen de la sabiduría, de la modestia y de la inocencia! No de otra manera se muestra la religion en las costumbres de Inés. Educada en la escuela del paganismo, ¿cuales hubieran sido sus sentimientos? El haberla visto presentarse con aquella variedad meditada, que en las personas de su sexo sabe prevalecer bien del alto lugar que ocupan, aprovecharse de sus encantos, y dejar que se piense con variedad acerca de sus pretensiones. En ella no hubiera sido el pudor más que la obra del orgullo, y sus mayores sentimientos no hubieran dimanado sinó de ambiciosos deseos, ó del arte de ocultar el vicio bajo la máscara de

la inocencia. Mas nó; no era, hermanos míos, una hipócrita señal la que daba á la idolatría en los primeros tiempos de la Iglesia una virgen formada en la escuela del Evangelio. Entónces se manifestaba la virtud sin rodeos, porque no se consideraba á propósito para perjudicar la estimacion de los hombres. Inés tuvo la fortuna de que en la capital del mundo idolatra no hubiese ella abierto los ojos á la luz sinó para ver la claridad de la fé. Unos padres, cuya piedad era tan sólida como ilustre su nacimiento, la habian enseñado, que la nobleza es más bien un privilegio que un mérito; que las riquezas son ménos útiles que perjudiciales, y que el pudor es el primer ornamento de una virgen cristiana, su inocencia el más precioso tesoro, y la modesta sencillez el grande y principal arte de hacer respetar su religion.

Lo que había empezado la educacion en Inés lo acabó la gracia. Una ilustrada piedad daba á entender en ella la madurez de la razon. Los sentimientos que en ella se manifestaban no los inspira la naturaleza. ¡Qué esmerada atención ponía para no descubrir una hermosura, que era muy sensible á su modestia por los deslices que podia ocasionar! Tomó la santa determinacion de disgustar á aquellos á quienes había resuelto no agradar jamás. Avergonzábase de las peligrosas ventajas de que la había dotado la naturaleza. ¡Cuántas inquietudes y cuántos cuidados no la costó alejar unas impresiones tan fáciles de concebir como difíciles de borrar! Inés era en el retiro un prodigio de piedad ántes de que hubiese podido parecer en el mundo un prodigio de fé. Pero así como era ingeniosísima para combatir sus propias pasiones, así tambien será inquebrantable para combatir las de los demás. El instrumento más débil vá á armarse contra los más poderosos enemigos.

Á los primeros héroes del Evangelio les habia anunciado Jesucristo la sangrienta y penosa suerte que les aguardaba. Sereis, les decia, el Indubrio y las victimas de la celosa Sinagoga, de la dominante idolatría, y de todos los pueblos que tengan algun interés en vuestra perdicion. Mas ¡cuán vanos son contra la santa locura de la cruz los esfuerzos del humano poder! La debilidad resiste á la fortaleza; la virtud perseguida consigue que emudezca el vicio, aún á la vista de sus profanos altares; y la religion, que siempre es respetable en aquellos que la defienden, alcanza la aprobacion aún de aquellos mismos que pretenden destruirla. Acababa de empuñar las riendas del imperio un príncipe, cuya elevacion será siempre considerada como la mayor fatalidad del cristianismo. Diocleciano fué despues de Neron entre todos los césares el más cruel, el más fogoso y el más

sanguinario. Casi siempre es el espíritu del soberano el que anima á sus vasallos; pero con especialidad el de aquellos políticos, que, destinados á los más importantes empleos, solo obran á gusto de la corte, condescendiendo con sus deseos, y siendo, por decirlo así, los ministros de sus injusticias. El enemigo con que debía pelear Inés, era uno de esos hombres intrigantes, que só color de ser muy celosos en obedecer las órdenes del príncipe, y de tomar interés por la religión, sabían dar un colorido á su ódio, justificar su furor, y asegurar su venganza: hablo de Sinfronio, gobernador de Roma. ¿Cuál fué la causa del resentimiento que manifestó contra Inés? La pasión. Però ¡qué pasión! Aún no había visto Roma presentarse á Inés sino en aquellos sangrientos espectáculos que, en medio de las hogueras y de los cadalsos, ofrecía la constancia de los cristianos y de los mártires. ¡Ah! demasiado se había ya dejado ver para que el resplandor de su hermosura dejase de llamar la atención. Se la miraba y admiraba... Prócope, que era hijo de un padre en cuya presencia temblaban cuantos habitaban en Roma, lisonjébase de antemano de una conquista tan maravillosa. Su vanidad se arrebataba ya con la consideración de una victoria segura. Aquel á quien nada se le pone por delante que no ceda, á todo se atreve. Como enemigo portado y tentador, juzgaba que Inés sería susceptible de las flaquezas y debilidades comunes á su sexo. Para sorprender su sencillez, recurrió á los halagos y á los artificios. Para tentar á su vanidad, la prometía un puesto honorífico y un poder al cual solo le aventajaría el de los Césares. Para asustar su timidez la hacía algunas amenazas. Una enfermedad que acaso le sobrevino, le hizo conocer al gobernador de Roma, ó que debía apoyar las pretensiones de su hijo, ó temerse su perdición. Presentóse Sinfronio á Inés... ¡Qué sorpresa! Esta jóven doncella vió postrarse á sus piés un hombre, cuya alianza hubiese llenado de satisfacciones á las casas más ilustres de Roma. ¡Triunfo brillante por cierto para el orgullo de Inés, si hubiera sido su corazón sensible á otros encantos que á los de la virtud! Con qué palabras tan persuasivas y lisonjeras defendió aquel industrioso padre los intereses de su hijo! Luego, con qué amenazas tan terribles procuró intimidar á la que desesperaba de vencer! Este es el último recurso de las pasiones. Aquellos á quienes no pueden conquistar vienen luego á ser sus víctimas.

En un combate tan desigual y portado, ¿qué ha de poder la inocencia contra la fuerza? ¡Ah, hermanos míos! Cuando se tiene por apoyo á la gracia, no hay enemigos, por terribles que sean, á quienes no se pueda resistir. En los primeros impulsos de su fervor, de-

ploraba Inés aquellos funestos atractivos que solo la habían servido para ocasión de pecado. ¡Oh fatal hermosura, exclamaba ella, oh fuego de las pasiones, oh escudo del pudor, oh fuente de iniquidad! qué no pudiera yo borrar con mi sangre las funestas impresiones que has hecho en los corazones de quienes te contemplaban! No tardó mucho en hacerse respetar de aquel importuno tentador que la molestaba, oponiéndose á sus indignas instancias con una santa fiereza y un noble desprecio á sus continuas solicitudes. Huid léjos de mí, decía ella, cebos del pecado, ministros del Infierno. Id, id, y sepultad en el más profundo olvido esa vergonzosa pasión que os consume. Cuanto más os inquieta, más me ofende. Solamente vuestras miradas llenan de indignación á mi corazón. Nó, no tiene que esperar el gobernador de Roma, que ha de encontrar en ella una alma tímida y veleidosa, á quien hayan de ganar las demostraciones de amistad, y subyugar el aparato del poder. En el semblante de Inés se percibe su primera y última respuesta. Vos pretendéis, le dijo ella, que yo tome á vuestro hijo por esposo; pero ya tengo puesto mi corazón en otro con quien él no se puede comparar; esposo mucho más rico que los Césares, más poderoso que todos los del mundo. Él es el árbitro soberano del Cielo y de la tierra. ¡Oh Sinfronio! ¡oh Prócope! ¡oh grandezas! ¡oh fortuna! ¿qué venis á ser vosotros para un corazón de quien es dueño Jesucristo? ¡Oh! ¡qué mudanza tan asombrosa se advirtió al oír este augusto y divino nombre! Desaparecióse el padre tierno: desde aquel instante habla ya como gobernador de Roma. El que amenaza es el más celoso hipócrita de los ídolos. El pretexto de religión es el favorable motivo de que se sirve el orgullo, el despecho y la venganza. Pero aquella que no temió al enemigo de su inocencia, tampoco temerá al de su fé.

Dispone Sinfronio que se ponga presa á Inés. ¡Oh gran Dios! ¡cuántos peligros se juntan para agobiarla! Mándasela que elija; ó incluirse entre las vírgenes consagradas á Minerva con el nombre de Vestales, ó resolverse á padecer la violencia que autorizan las leyes romanas contra los cristianos. ¿De qué expresiones me valdré yo para hacerlos comprender un inicuo misterio, que hasta el sol casi se niega á alumbrarle con su luz? Yo, hermanos míos, debo respetar vuestra delicadeza y mi ministerio. Hay crímenes contra los cuales no debemos combatir, porque nos horrorizaríamos al darlos á conocer. Inés fué sentenciada á presentarse en un lugar que, por la primera vez, veía á la inocencia en la horrible morada del libertinaje. Però aquel Dios, que cubrió con alas de su providencia á José, Daniel y Susana, relaba en la defensa de Inés. Señor, le decía la Santa, yo os ofrezco

gustosa mi vida, pero sacad ílesa mi virtud. Con efecto, fué oída su súplica. ¡Oh maravilla! El mismo Dios, por decirlo así, descendió á la tierra para defender la religion de Inés que se hallaba ofendida. ¡Qué amenazadora cuchilla estaba suspendida sobre la cabeza de aquellos que no se atreviesen á respetarla! Me parece que estoy viendo un ángel que, armado con rayos de fuego, estaba pronto para descargarlos. Prócope, el temerario Prócope, se atrevió á... pero una mano invisible le detiene... oscurecióse la atmósfera, tembló la tierra, y se desgajó el rayo... Como si fuera otro Oza, cegó Prócope, se aterró y murió... Id, inicios testigos y cómplices de su atentado, id llenos de pavor y espanto á desengañar á la idólatra Roma, de que, no solo es el Dios de Inés el vengador del crimen, sino el protector de la virtud... Á vista de este terrible espectáculo, parecía que se arrepentía Roma del respeto que había guardado á los ídolos, y del ódio que había tenido á los cristianos. Inés llegó á ser el objeto de la veneracion pública. A sus piés miraba un cadáver ennegrecido, que anunciaba su poder, y observaba como el fiero gobernador de Roma, su juez, solicitaba su proteccion y la pedía por su hijo. ¡Oh Dios á quien adora Inés! Admira; admira y sorprende á los espíritus con otros prodigios diferentes.

Con efecto, señores, si nos detenemos á considerar los milagros de clemencia, advertiremos, que dando nuestra Santa al Cielo infinitas gracias por los beneficios que le había dispensado, y suplicándole sin cesar, se atrevió á pedirle otro favor aún mucho más distinguido y señalado, cual era la vida de su enemigo. Su caridad la movía á interesarse por la suerte de un desgraciado, que había sido castigado tan pronto como fué delincuente. Oyéronse sus nobles y generosas súplicas. Prócope recobró nuevamente la vista y la vida. El mismo prodigio que le había sacado de entre los brazos de la muerte, le sacó tambien de los de la idolatría. Convertido y lleno de reconocimiento, se declaró por cristiano, teniéndolo á mucha gloria, y llegando á ser por su fé una evidente prueba del respeto que merecia la religion de Inés. Ya habeis visto, oyentes, que Inés durante su vida, hizo con los ejemplos de su santidad que fuese respetable la religion á la idolatría. Veamos ahora como con los ejemplos de fortaleza que nos dió en su muerte, consiguió que triunfase la religion de la idolatría.

El ver en los principios de la Iglesia llevar á sus defensores de tribunal en tribunal y de suplicio en suplicio, era, aunque muy triste, una cosa ordinaria. La cuchilla, los cadalsos y las hogueras constituían los terribles medios que empleaba la idolatría para arrebatar al cristianismo sus heroicos defensores. Los pasos de sus primeras conquistas

eran señalados con arroyos de sangre. El universo se había armado contra aquellos que eran enviados únicamente para convertirle y salvarle. Habiendo heredado Inés su espíritu, queria tambien participar de su recompensa. Ya no eran razones las que se empleaban contra su fé, sino tormentos. Pero, ¿qué juez será el que se atreva á pronunciar una sentencia decisiva de muerte contra aquella á quien debe su vida el hijo del prefecto de Roma? Sinfronio, para conciliar su aparente celo por los ídolos con su secreta veneracion por su protectora, dimitió en otro juez el lugar que él ocupaba en el tribunal. Aspasa, cuyos ojos centelleaban, cuyo semblante descubria su furor, y cuyas manos goteaban sangre de los cristianos, fué el que en el tribunal de la justicia ocupó aquel distinguido lugar. En él no se conocian aquellos interrogatorios siniestros, ni aquella disimulada bondad con que embaraza, sorprende y lisonjea á sus victimas la prudencia humana ántes de inmolartas; sabía que los encantos más atractivos no habían podido seducir á Inés; que las amenazas más terribles no la habían podido humillar; y así solo presentaba á su vista el sangriento aparato de su suplicio. Inés miraba con suma tranquilidad las cadenas que la estaban aguardando. Aún ignorando todavia como había de ser su muerte, se había dispuesto ya su corazón para padecerla. Ejeuntad, ministros encargados de cortarme el hilo de la vida, ejeuntad, decia ella, las órdenes que se os han dado. Nó, no penseis que habeis de hacer morir en mí sino lo que es puramente mortal. El alma que poseo, es una joya sobre la cual no tiene ningun derecho el fiero acero de la idolatría. Al oír estas palabras, pronunció el juez su sentencia, y fué condenada Inés al suplicio del fuego.

Lo mismo fué saberlo, que apoderarse de ella un excesivo júbilo. El lugar de su sacrificio la parecia un trono del que iba á tomar posesion. Corrió hácia él con aquella firmeza varonil que solo inspira la religion. Preparóse la hoguera, encendióse la llama, y todo infundía pavor; de manera, que hasta en los corazones más bárbaros é inicuos se dejaba percibir la compasion. Yo no puedo explicar mejor que con el silencio la consternacion que se esparció, y la lástima y el terror que se advertía á vista de semejante espectáculo. Ya me parece que no se percibe otra cosa que las esparcidas porciones de un cuerpo consumido por el fuego destructor. ¡Oh qué prodigio! ¿cómo que perdian las llamas su actividad para con Inés! Al modo que si su cuerpo estuviese espiritualizado, se nó, no sin admiracion, que no la había hecho ningun daño. Las llamas de que estaba rodeada la respetaban, y la hoguera que debía destruir y consumir su víctima,

hacia más resplandeciente su victoria. Aquel mismo fuego que respetó á Inés, fué el que también la vengó y á la religion con ella. Divídense las llamas: con su separacion llevan repentinamente entre los enemigos de Inés la desolacion, la destruccion y la muerte. Los sediciosos espectadores de su suplicio fueron las desgraciadas victimas de aquel fuego. Al modo que un imprevisto incendio, ó unas rápidas centellas llevan por los parajes circunvecinos las llamas, la desolacion y la muerte, no dejando por todas partes sino tristes señales de su ruina, se extendieron contra aquellos malvados las horribles llamas del injusto suplicio.

Pero por desgracia, los prodigios que obró Moisés á vista de Faraon, no sirvieron sino para endurecer más y más el corazon de aquel desgraciado príncipe. No de otra suerte admiraron al pueblo que los veía, los milagros que justificaban la fé de Inés, supuesto que solo le sirvió para más endurecerse en su ceguedad. ¡Qué cosas tan terribles se me representan á la imaginacion! ¡Oh crueldad! ¡Oh bárbaro juez! Dicta éste por fin otra nueva sentencia, y aquella que no habia podido perecer á impulsos del fuego, murió al filo de la espada. Ya se dejaba ver el hierro, que aún estaba teñido con la sangre de infinitos cristianos. Hierre, tirano hierre á tu victima: su sangre corresponde al esposo que ella ha escogido: ya es tiempo de darramarla. La misma Inés es quien te exhorta y quien te alienta para que concluyas tu obra y consumas su sacrificio. Acaba... ¿en qué te detienes? Ella misma parecia que provocaba á la mano encargada de descargar el golpe fatal. Se detenía, no obstante: oraba. Y por fin, inclinó aquella respetable cabeza, adornada ya con la duplicada corona del pudor y de la fé. ¡Cuánto deseára yo, hermanos míos, poder fijar vuestra consideracion sobre el encendido y sangriento lugar del suplicio! Allí vérais como lleno repentinamente de horror el ejecutor de la justicia, se negaba casi á cumplir con su ministerio. Allí le vérais estremecerse, y como si él mismo hubiera sido condenado, volver á otro lado su cabeza para no ver la victima que iba á sacrificar. Allí lo vérais coger con mano trémula el hierro que debia acabar con la vida de Inés. Allí vérais cubiertos todos los semblantes de un color pálido, como triste imagen de la muerte. Todo se interesaba en el peligro de Inés, y todo temblaba por ella: la Santa únicamente era la que nada temía de cuanto pudiera sobrevenirle. En aquel lance tan crítico, á ninguno sino á ella se le dejaron de saltar las lágrimas. Y en una palabra, allí la oyérais dirigir sus últimas súplicas al Cielo, con una firmeza y constancia digna de un apóstol. ¡Oh Dios mio! ¡Oh Padre mio! yo adoro tus decretos: en medio de mis trabajos re-

conozco tus beneficios: y mi corazon te manifiesta bien claramente mi reconocimiento. He creído, y esperado. Ya veo lo que creía y lo que esperaba: ya lo poseo. Amigos míos, parientes, y vosotros, sensibles cristianos, que os interesais en mi suerte, dejad, dejad de llorarle, dejad de compadecirme: participad más bien de mi alegría; alabad mi victoria, que es la de la religion y la vuestra. Así hablando, se levantó el cuchillo y descargó el golpe. Á la fuerza de éste, cayó, y espiró bañada en su misma sangre. De este modo triunfó Inés por su muerte de la idolatria.

Si reflexionais sobre la historia de la Iglesia advertireis, que desde la muerte de Sta. Inés, es desde cuando parten aquellos dichosos dias, en los que empezaron los ídolos á tener ménos adoradores, y Jesucristo más discípulos. Murió Inés, pero desde el mismo siglo en que ella espiró, principió la época favorable en que la Iglesia enjugó sus lágrimas; dejó de ser cautiva la divina palabra; se postraron los príncipes á vista de las naciones delante del Dios muerto en el Calvario; reconoció Constantino, vencedor de Majencio, que la victoria que consiguió se la debía á Jesucristo; y llegó á ser la religion sagrada de los Césares aquella á la cual ellos mismos persiguieron. No han faltado algunos entre los celosos devotos de Sta. Inés, que hayan mirado el triunfo y la paz de la Iglesia como una recompensa de su martirio. Aprovechémonos, hermanos míos, de sus ejemplos; atrevámonos á levantarnos sobre las desdichas y desgracias del tiempo. Aquella heroína fué cristiana en un siglo idólatra; seámoslo nosotros en un siglo incrédulo; ella menospreció los suplicios, menospreciemos nosotros las malignas censuras. Conozcamos solamente, á su imitacion, nuestras obligaciones; cumplámoslas exactamente, y así mereceremos como ella algún día la corona que posee en la eternidad. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE LOS SANTOS INOCENTES.

*Surge et accipe puerum et matrem ejus
et fuge in Egyptum.*

Levántate, toma al niño y á su madre,
y huye á Egipto.

(MATTH. II, 13.)

Los disgustos y los placeres, la alegría y la tristeza, y los bienes y males de esta vida forman una cadena tan difícil de romper, que muchas veces aquel que piensa disfrutar de un placer, ó asegurar su dicha para siempre, promoviendo un acontecimiento que lisonjee sus pasiones, suele ser causa el mismo acontecimiento de que vengan innumerables males, que, llenando su vida de dolorés, le suman en una completa desesperacion. Al contrario; muchas ocasiones hay, en que viniendo sobre uno infinitos males por inspiracion ó provocacion de los que le quieren mal, estos mismos males son el origen y el fundamento de una felicidad completa.

En ninguna situacion se demuestra con más exactitud esta verdad que en la doctrina del Evangelio, y en el órden de justicia que nos enseña nuestro dogma religioso, cuando nos muestra un tribunal infalible y lleno de justicia en la otra vida, para deshacer las injusticias y agravios que se nos hacen en ésta. Este dogma consolador es el sostén del desgraciado en las mayores tribulaciones; es el que rechazan con imprudencia aquellos que quieren cimentar su dicha en la ruina y desolacion de los demás. ¿Y qué consiguen con esto? Que ni en esta vida ni en la otra llegan á obtener la paz y los placeres que buscaban; porque es tal la condicion del corazon humano, que los deseos se multiplican en él en proporcion de la costumbre de satisfacerlos. Si el hombre nace pobre, desea ser rico; si es rico, ambiciona mandos y honores; si obtiene los mandos y honores, ambiciona el principado; si es el primero de todos en la nacion, ambiciona someter á los extranjeros; y si la impotencia le reduce á vivir solo

en su reinado, el más mínimo rumor de que exista otra persona que pretenda su puesto, le arroja en el camino de los crímenes y de los excesos más inauditos.

En el suceso que la Iglesia celebra hoy, se demuestra muy eficazmente, que los bienes y malos no están á la disposicion del hombre; y que los deseos del tirano y del ambicioso no se satisfacen solo con rendir á sus piés á los hombres ya formados, sino que se ceba y busca hasta la sangre de los inocentes recién nacidos. Si, católicos: hoy celebra nuestra santa Iglesia el aniversario del suceso terrible, que, sumiendo en el dolor y la consternacion al pueblo de Belén, hizo desaparecer en aquel punto la generacion contemporánea de nuestro Señor Jesucristo. ¿Sería la causa de este suceso el desear Dios, llevar hácia sí los niños que nacieron á la inmediacion de nuestro Redentor, con el objeto de que conociesen la gloria ántes que las miserias de la vida humana; ó sería para que viésemos en la tirania y crueldad de Herodes la odiosa imágen del hombre ambicioso y soberbio, que por el celo de su principado se arrojó á un crimen, que podía considerarse deicidio, porque contra Dios dirigia las afiladas espadas de sus despiadados soldados? Las dos cosas nos quiere enseñar la Iglesia hoy, encerrando dos puntos morales, que yo trataré de explanar en mi discurso, cumpliendo la mision de que me hallo revestido.

¿Cuánto estimára yo conseguir con él la reforma de nuestro corazon, enseñándonos á apreciar todo lo que vale la inocencia, y el ódio que merece la insaciable ambicion, que no respeta ni aún á los inocentes recién nacidos! Tendría esperanza de alcanzar el objeto que me propongo, si Dios se dignase iluminar mi entendimiento, ofreciendo á mi lenguaje las palabras que más impresion os causáran. Ayúdame, flees, á impetrar del Todopoderoso los auxilios de su divina gracia: *M. A.*

Había pasado algun tiempo desde el nacimiento de Jesús; le habian ido á adorar los Reyes Magos, excitando en Herodes la idea de descubrir al Niño recién nacido para matarle; se habia verificado la entrada en Jerusalén de nuestro Redentor, cuando María fué á presentarlo en el Templo, y el Señor por medio de su ángel habia dicho á S. José, que tomase su familia y fuesen para Egipto hasta que muriese Herodes, con el fin de evitar la muerte que éste procuraba dar á Jesús. Efectivamente; Herodes, agitado por sus malos pensamientos desde que entraron los Magos en Jerusalén, y viendo que éstos no volvían á darle razon del sitio donde estaba el Rey de los judíos que

habían venido á adorar, y que se aumentaban los rumores de lo ocurrido en el Templo con el anciano Simeon y la santa Víuda, que reconocieron en Jesús al nuevo Salvador; sentía nacer en su corazón nueva ira y nuevo rencor contra Él; y decidido á buscarlo para matarle, concibió la horrorosa idea de degollar á todos los niños de dos años que hubiera en el distrito de Belén, que era la ciudad de David. Fijó sus iras sobre esta ciudad, porque en virtud de los informes de los sacerdotes y doctores, la ciudad de David, que era Belén, era el punto donde había de nacer el Mesías, según lo habían anunciado los profetas.

Calculando el tiempo que había trascurrido desde la venida de los Reyes Magos, y el que éstos le habían manifestado que pasó desde la aparición de la estrella, llegó á comprender, que entre los nacidos dos años ántes del decreto de muerte que iba á firmar, precisamente se había de hallar el rey de los judíos, que él consideraba destinado á quitarle la corona real que poseía. Esta fué la causa de haber limitado la carnicería á los niños de esta edad; pues si él hubiera comprendido que podía hallarse entre los de una edad más avanzada, se hubiera extendido mucho más el inhumano y tiránico decreto de destrucción y muerte que había firmado. Pero ¡cuán fallidos son los juicios de los hombres, sobre todo, cuando tienen por objeto contrariar las miras de la divina Providencia! El niño que él buscaba, ya no se hallaba dentro del término de sus dominios; porque, cuando el ángel dijo á José: «Levántate, toma al niño y á su madre, y huye á Egipto;» como hombre prudente, y que aprecia los avisos que Dios se dignó hacerle por medio de sus enviados, sin temor á las tinieblas, ni á las incomodidades de un viaje penoso como tenía que ser el que hiciera con un niño de tierna edad y con una mujer, se puso en camino, y huyó del país natal, donde con tanto encarnizamiento se perseguía al niño Jesús á quien él adoraba. La idea de que esto sucediera podía haber ocurrido á Herodes, y de este modo evitar la ejecución del bárbaro decreto, que había de sumir en luto y lloro á la ciudad de Belén; pero cuando la tiranía y la crueldad se apoderan del corazón de los hombres, les cierran el entendimiento á toda idea que pueda mitigar el ímpetu de sus iras. Así es, que Herodes no escuchó más consejo que el odio que encerraba su corazón contra Jesús, y determinó la ejecución del bárbaro decreto.

Armados de él marchan sus soldados á Belén y principian á ejecutarlo. Se esparcen por la ciudad armados de sangrientas cuchillas, y mostrando en su rostro amenazador la ira del tirano cuyas órdenes iban á cumplir. ¡Ah infelices madres, que semejantes á Raquel, es-

parcis el llanto por vuestros hijos y no os podeis consolar! Reprimid vuestras lágrimas y vuestras lamentaciones, porque no servirá para utilidad del tirano la muerte de vuestros hijos, sino para ensalzamiento y gloria de los inocentes martirizados por causa de Jesucristo. Vuestros lamentos no libran, nó, á vuestros infelices hijos de la muerte que decretan los tiranos como Herodes, porque éstos cierran sus oídos al infeliz, y solo escuchan las palabras lisonjeras de los aduladores que les rodean, auzziéndoles é instándoles á marchar por la carrera del crimen. Bien demuestran esta verdad los acontecimientos que ocurrieron en Belén cuando se llevó á efecto la degollación de los inocentes. El feroz soldado entraba en la casa de las infelices madres, persiguiéndolas para arrancarles el fruto de sus entrañas hasta los últimos recintos, donde ya les era imposible evadirse de su persecucion. Entónces se trababa una lucha cruel: las madres defendiendo la vida de sus hijos, cual la leona defendiendo los cachorros que le quiere robar el cazador de los bosques africanos, se arrojaban á los soldados presentando su pecho y su cuello para barltarles de sangre, y evitar de este modo que llegasen á derramar la de sus propios hijos.

Para comprender toda la barbaridad y crueldad del mandato de Herodes, es preciso pararse á considerar lo que ese l amor de una madre, y el heroísmo y esfuerzo de que se reviste cuando trata de defender el hijo que abrigaron sus entrañas. Vosotras, madres que me escuchais, y habeis sentido ese amor puro y respetable con que contemplais el objeto inocente y gracioso del amor puro; calculareis hasta donde llegaría el esfuerzo de las habitadoras de la ciudad de David, cuando los fieros satélites de Herodes iban á destruir la existencia de sus queridos hijos. La humanidad se estremece al figurarse como una infeliz encorvada sobre el suelo guarece á su hijo de los golpes que le amenazan, y vuelta la cabeza á su perseguidor con los ojos llenos de un aire asombrado y amenazador le conjura, que antes destruirá su existencia, que no llegar á herir al hijo que guarece con su cuerpo. Pero el soldado brutal desprecia su llanto y sus gemidos; y aprovechando la fuerza de sus músculos y de sus nervios, agarra á la infeliz y la arroja por el duro suelo con una mano, y con la otra, que empuña y enarbola una cuchilla ensangrentada, descarga un golpe sobre el infeliz infante, que apenas ha nacido pasa á ser presa de la muerte. Márchase el feroz ejecutor del decreto de Herodes, y al volver la madre en sí del brusco golpe que ha recibido, se arroja sobre su hijo, y no encuentra más que su cuerpo mutilado. Otra, al ver venir hácia sí al soldado cruel, se aterra, cae de rodillas á sus piés,

levanta sus manos suplicantes pidiendo la vida de su hijo; este inocente tambien, por una impulsión natural, levanta sus tiernas manos é implora gracia ánte el soldado, que ahogando todo sentimiento de humanidad, coge con una mano las suplicantes de la tierna criatura y con la otra descarga la cuchilla, que echa la cabeza sobre el cuerpo de la madre desmayada.

Otra, llena de r bia el corazón, desesperada  nte la injusticia y la barbaridad mandada ejecutar por Herodes, se abalanza   los soldados, se echa sobre las armas ensangrentadas cortando sus propias manos, y defendiendo hasta el último trance la vida de su hijo, y solo cuando ex nime   muerta cae   sus piés. pueden los auxiliares del tirano llegar á consumir el horroroso crimen que se les había encomendado. Pero,   dónde iría á parar si fuese   describir todas las escenas de horror y de desolación que produjo la crueldad del feroz Herodes en el distrito de Belén, cuando fueron degollados los inocentes contemporáneos de la infancia de nuestro Señor Jesucristo? El tirano no consiguió sus fines, y el mal que intent  causar   los inocentes que degoll  con su inhumano decreto, para él ha venido á resultar; porque aquéllos disfrutaron de una felicidad incomparable, y él sufre los castigos del bárbaro atentado que hizo contra Dios, porque al Dios encarnado, al Verbo, fué á quien buscaban los satélites de sus iras.

Conociendo el hecho material que la Iglesia celebra en el día de hoy, pasaremos   explicar los dos puntos morales que principalmente arroja de sí: uno es, que no siempre son males las desgracias que nos suceden; y otro, que no se asegura nuestra dicha buscando nuestra felicidad en la satisfacción de los deseos ambiciosos. El primero lo vemos bien patente en la condición inocente de los niños degollados, que sin crimen de ninguna especie sufrieron una muerte cruel: y el segundo en la vida agitada que tuvo Herodes despúes de este hecho, llegando por el exceso de su celo de reinar   matar   su propio hijo Antipatro, pocos días ántes de morir.

La inocencia, amados oyentes míos, es agradable y acepta   Dios, que se complace en tener á su lado inocentes; como lo significó Jesucristo, cuando llamando   un niño le puso en medio de los apóstoles y dijo: «De cierto os digo, que sino volvi eis y fu eis como los niños, no entrar is en el reino de los Cielos: así que cualquiera que se abajare   ser como este niño,  se será muy grande en el reino de los Cielos. Tambien los hombres, cuando quieren pintar lo que ellos llaman la edad de oro, ó el tiempo de su mayor felicidad, dicen, que ésta consistía en la inocencia que tenian todos los hombres, estando

desterrados-los malos efectos, que despúes fueron causa de que viciase la edad de hierro   tiempos de destrucción, en que los hombres principiaron   perseguirse por medio de las guerras. Siendo, pues, tan excelente la inocencia en sí, y tan agradable   los ojos de Dios el que la posee;  cu nto mérito no tendrá   sus ojos el que en este estado padece por él la muerte que sufrieron los santos Inocentes? Seguramente los méritos que contrajeron   los ojos de Dios las víctimas sacrificadas por la ira de Herodes, recibiendo un bautismo de sangre, que les hizo pasar á formar parte del coro de los  ngeles y arcángeles, sirven de mucho en la comunidad de los fieles de la Iglesia militante y triunfante; y ellos en la Gloria habrán hallado, no solo la recompensa de la injusticia de que fueron víctimas, sin  la que tienen los espíritus justos, cuando pueden hacer bien ofreciendo su mérito por los demás hombres. Humanamente considerado, el suplicio que sufrieron los santos Inocentes es horroroso, cruel, y el corazón se resiste   la persuasión de que hayan existido hombres capaces de llevarlo   cabo; pero examinado en todo su resultado, el furor del tirano su perseguidor fué un instrumento de que Dios se sirvió para llevar hácia sí los inocentes contemporáneos del nacimiento de Jesucristo.  De cuántas miserias y de cuántos dolores no fueron libertados de sufrir en esta vida, además de los goces inefables que alcanzaron en la otra? La mayor parte de los hombres se ven en la precision de exclamar, ya un día, ya otro, ya por este, ya por aquel motivo, que fuera mejor no haber salido de la edad de la inocencia.

Los males que pens  causar Herodes, no llegaron á tener el resultado que él se propuso; pues que no consiguió la ruina de los mártires Inocentes, ni la muerte de Jesús,   quien José, avisado por el  ngel, había conducido   Egipto en compa a de su divina Madre: solo consiguió que las víctimas de su furor y de su tiranía subiesen al Cielo, siendo recibidos con cánticos y salutations. El tirano consiguió, si, sembrar de llanto el distrito de Belén atigiendo   las desdichadas madres, que como Raquel lloraban   sus hijos sin poderse consolar; pero tambien las madres deben consolarse, porque á ellas se extienden las palabras que   la misma Raquel dirigió el Señor dici ndola: «Reprime tu voz de llanto y tus ojos de las lágrimas, porque salario hay para tu obra, y las lágrimas volverán   la tierra del enemigo: esperanza tambien hay para tu fin, y tus hijos volverán   su término.» Si, madres desgraciadas, cesen vuestros gemidos y vuestros dolores, porque Dios los har  recaer sobre Herodes; y vuestros hijos, que él quiso destruir, tendrán al lado de Dios el término

de sus penalidades y el premio de su martirio. Cesad de llorar, porque el tirano, que al firmar su decreto no solo atacó la existencia de vuestros inocentes hijos, sino que preparó una profunda herida á vuestro amante corazón, será herido y mortificado hasta por sus propios hijos. Y vosotros, oyentes, si quereis participar de la gloria de los Inocentes, volved á su edad, como aconsejaba Jesucristo á los apóstoles, mudando vuestra vida y olvidando hasta la idea de vuestras antiguas fallas. En este estado conoceréis, que los males no son todos los que nos causa el furor de nuestros enemigos, porque éstos nunca pueden llegar al alma del inocente y del justo, que dispuesto á sufrir el martirio espera una vida eterna y llena de felicidad. Al contrario; si conseguís colocaros en ese estado de gracia, en que el hombre no teme más que el pecado y la ofensa que puede hacer á Dios que le ha criado, vereis que ninguna clase de males existen para vosotros, sin que sean origen de los beneficios que disfrutan en el Cielo los santos Inocentes. Las mortificaciones que pueden atraer á vuestro cuerpo los más encarnizados enemigos, serán el principio de una eterna felicidad.

Ahora os voy á demostrar el otro hecho moral que me he propuesto, enseñándoos, que no está la felicidad en la satisfaccion de nuestras pasiones, como lo demostró el tirano Herodes, habiendo sido feliz en la mayor parte de su vida. Las desgracias vinieron á su casa, sin darle tregua ni descanso. Él había deshecho las intrigas de sus enemigos, los había vencido en el campo de batalla, y había conseguido, con la amistad de los romanos, elevarse al trono de Judea, cautivando el aprecio de sus gobernados con algunas acciones buenas, aunque siempre se descubriese en su carácter una tendencia á la dureza y crueldad. Pero de un hombre afortunado en sus empresas, de un rey, que lleno de gloria adornaba con monumentos la ciudad de Jerusalén, capital de su imperio, se convirtió en un tirano, y vió en su familia introducirse los crímenes mayores que pudieran imaginarse. Sus hijos Alejandro y Aristóbulo se rebelaron contra él; su hijo Antipatro formó una conjuración para destronarle; se le prepararon venenos, y tuvo el desconsuelo de tener que vengar con la muerte de sus hijos las rebeliones que tramaron contra él. No pararon aquí solo sus miserias: introducidas las pasiones en las personas de su familia, entraron otra clase de crímenes, cuales son todos los que provienen de las conspiraciones y de los amores incestuosos, producidos por la crápula y por los desórdenes. El mismo estaba atormentado con muchos dolores, con una calentura muy grande, y con una comezon intolerable é importuna esparcida en todo su cuer-

po. El historjador Josefo dice, que tenia dolores en el cuello, los piés hinchados entre piel y carne, hinchado el vientre; se le pudrían sus partes viriles con muchos gusanos, tenia gran pena en la respiracion; y era fatigado por tantos suspiros y encogimiento de sus miembros, que los que le veían creían que era venganza de Dios. En este estado tan miserable nunca salia de su pecho la pasion de mando y de dominacion, que le había arrastrado á cometer el horrendo crimen de degollar á los santos Inocentes por perseguir al Hijo de Dios, porque los Magos le habian llamado Rey de los judios y venían á adorarle.

El ódio de los pueblos contra él se pronunció de tal manera, que excitando su furor, dispuso encerrar los hombres principales de su reino en un hipódromo, con el objeto, segun decia, de que fuesen degollados cuando él muriese, y así llorasen por fuerza su muerte los habitantes de Judea. Entre los tormentos causados por la muerte violenta de sus hijos, por los remordimientos de su conciencia alterada por sus crímenes, y por los dolores de la extraña y rara enfermedad que Dios le había mandado, pasó sus últimos dias, llegando una vez su desesperacion al punto de quererse suicidar, si uno de sus servidores no lo hubiera impedido; impidióselo, pero murió atormentado por las plagas que cayeron sobre él. Bien merecido tuviste, Herodes, el castigo que vino sobre tí, y mayor será el que estarás sufriendo en los eternos tormentos, por haber llevado tu tiranía y tu crueldad hasta el extremo de decretar la degollacion de los niños Inocentes, que tus soldados arrancaron con inaudita fiera de los brazos de las madres de la ciudad de David, dejándolas inundadas de sangre y desolacion. La felicidad que tú quisiste buscar destruyendo el verdadero Rey de los judios, no vino sobre tí, como esperabas, y la rienda que diste á tus pasiones desenfrenadas fué el origen de tu desdichada vida y de tus tormentos en el mismo trono, cuya integridad buscabas con tan feroces extremos. La corona y la opulencia de tu palacio no sirvió de escudo contra las miserias que vinieron sobre tí; porque cuando el dedo de Dios señala el castigo que impone á los hombres en esta vida ó en la otra, no hay cetros, ni coronas, ni ejércitos, ni pueblos que lo resistan. En esto que sucedió á Herodes habreis conocido, oyentes, que la felicidad no nace de la satisfaccion de las pasiones y deseos immoderados; al contrario, cuando un deseo ó una pasion está satisfecha, nacen de ella otras y otras, que nos llevan al término fatal á donde fué conducido el rey Herodes, por dejarse arrebatar de la crueldad y de la ira hasta degollar á unos desvalidos inocentes.

Queda, pues, demostrado por este medio el segundo hecho moral que me propuse al principio de mi discurso; y solo me resta, apoyado en uno y otro, aprovecharme de la convicción que hayan creado dentro de vosotros para exhortaros á huir de las pasiones que nós llevan á los remordimientos, á las enfermedades y á los castigos eternos; y buscar la inocencia que conduce á la gloria de que están gozando los santos Inocentes, volviendo á su edad en la forma que aconsejaba Jesús á los apóstoles. Para conseguirlo no tenemos más que seguir los preceptos del Evangelio, mudar nuestras malas costumbres, y adquirir la vida de inocencia que tan grata es á los ojos de Dios. Si alguna vez flaquean nuestras fuerzas en el áspero camino de la virtud, dirijámonos á los mártires Inocentes para que intercedan con Dios en nuestro favor, y nos presten la fortaleza que necesitamos, aplicando por nosotros parte de los méritos que contrajeron siendo víctimas de la persecucion, que se dirigía contra el Salvador del mundo. De este modo alcanzaremos tranquilidad de conciencia y verdadera felicidad en esta vida y la gloria en la otra.

PANEGRÍCO

DE SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA.

Mulierem fortem quis inveniet?
 ¿Quién hallará una mujer fuerte?
 (PROV. XXXI, 10.)

El más sábio de los mortales pregunta con énfasis: «¿Quién será capaz de hallar una mujer fuerte?» En esta pregunta nos dá á entender, la suma dificultad que hay en hallar un prodigio de esta naturaleza; y por lo mismo añade, que la tal mujer sería un tesoro inapreciable. No habla aquí el Sábío de aquella fortaleza, que consiste en el vigor extraordinario de los nervios y miembros del cuerpo, ni en la perspicacia y actividad admirables de las potencias del alma; habla, sí, de la fortaleza de una sólida y acrisolada virtud, con la que se superan fácilmente cuantos obstáculos puedan impedir el más exacto cumplimiento de todos los deberes, y el adelantamiento en el camino de la perfección. Y aunque ya en la ley antigua se habían conocido mujeres dotadas de una rara fortaleza, como Judith, Débora, y otras semejantes, estaba reservado para el tiempo de la nueva ley, el descubrimiento y la posesion de estos admirables prodigios de fortaleza. La Iglesia ofrece hoy á nuestra consideracion una heroína de esta especie, cuya magnanimidad arrebata necesariamente la admiracion de cuantos llegan á conocerla.

Isabel, hija de los reyes de Hungría Andrés II y Gertrudis, y esposa de Luis, Landgrave de Hese y de Turingia, es el prodigio de fortaleza de que os hablo. Isabel fué un portento tan extraordinario de virtud, que, en el discurso de solos veinte y cuatro años que duró su vida, dejó un perfecto modelo, un dechado de todas las virtudes, digno, pero difícil de imitar á todos los estados. Solteras, casadas, viudas, religiosas, todas sin excepcion, tienen en la vida de Isabel el libro más instructivo en que pueden aprender á santificarse, y aún á perfeccionarse, llenando completamente los deberes de sus respec-

tivos estados. Bien quisiera yo daros una idea minuciosa de todas sus virtudes; mas no siendo esto posible, así por la brevedad del tiempo, como por mi insuficiencia, y deseando no defraudar enteramente los deseos de mi auditorio, me limitaré á hablar de una sola virtud, que es como el compendio de las demás, á saber: de la heroica fortaleza de que nos hace el mayor elogio Salomon en el libro de los Proverbios. Os propondré, pues, á Isabel como á una heroína prodigiosamente fuerte, ó lo que es lo mismo, adornada de una virtud tan sólida, que la hizo superior á todos los esfuerzos con que el enemigo rató de combatirla; os haré ver, que con su fortaleza venció completamente los peligros á que pudieran exponerla los honores, los tesoros, los placeres y las comodidades del mundo; y que del mismo modo venció las tentaciones que pudieran ocasionarla todas las vicisitudes, injurias, persecuciones y desgracias temporales. Ni la completa prosperidad, ni la desgracia más terrible fueron capaces de alterar la dulce paz de su corazón, ni disminuir en un solo ápice el heroísmo de su virtud. *A. M.*

Á solo dos están reducidos los arbitrios de que pueden valerse nuestros enemigos, para arrancar de nuestro corazón la inestimable joya de la virtud; estos son, proporcionarernos los bienes que naturalmente apetecemos, ó afligirnos con las calamidades que naturalmente deseamos evitar en el tiempo de nuestra peregrinación; más claro: ofrecernos la prosperidad, ó amenazarnos con la desgracia. Ni uno ni otro medio fueron capaces de rendir la inexpugnable fortaleza de Isabel; sirvieron, por el contrario, para acrecentarla ó hacerla llegar á su perfección. Dificilmente se hallará una prosperidad, ó lúlmese fortuna, más completa que la en que fué colocada esta niña por la Providencia. Hija de unos reyes poderosos, destinada casi desde su nacimiento para esposa de otro soberano, colocada en el sálío á los catorcé años de su edad, elevada á la cumbre de los honores y de la grandeza, nadando, por decirlo así, en la opulencia, poseedora de todas las comodidades y delicias imaginables; obedecida, cortejada, adorada de todos; ¿quién no creerá que la felicidad de esta mujer consistía en la posesión de todos estos bienes? Pero nó; los inmensos favores que la dispensaron la naturaleza y la fortuna, desaparecían completamente á la vista de los más apreciables tesoros con que enriquecía su alma la gracia del Señor. Empleada sin cesar en la mediación de la vida, pasión y muerte de nuestro divino Redentor, no era posible que se dejara llevar de los estímulos de la soberbia, de la ambición, de la avaricia, de la sensualidad, de ninguna de las pasio-

nes. Viendo al Unigénito de Dios reconocido, aclamado, adorado de los ángeles y de los hombres, de los reyes y de los pastores, de los astros y de los brutos, del Cielo y de la tierra, y al mismo tiempo desnudo, pobre, sujeto á todas las miserias; viéndole derramar su preciosa sangre, en cumplimiento de una ley capaz de oscurecer su gloria, si su gloria pudiera ser oscurecida; viéndole por todo el discurso de su vida dedicado á la oración, al trabajo, á la mortificación, á los ejercicios de caridad y misericordia, se siente inflamada, abrasada con las llamas de su amor, y se resuelve á imitarle en cuanto lo permitan sus fuerzas.

Para esto dá principio por la humildad; se complace en ver su propia grandeza para humillarse hasta lo sumo, no descubriendo en sí el más leve mérito para tanta elevación. No duda que la Providencia, que pudiera libre y justisimamente haberla colocado en la condición más baja y miserable, ha querido constituir la graciosamente y sin deberla cosa alguna en la suprema dignidad; pero conoce al mismo tiempo, que ha de exigirle un día una cuenta estrechísima del uso que haga de ella. Esta sola consideración la confunde, la llena de un temor santo. Así es, que al entrar en el templo, siendo todavía niña, adornada con el primor y la ostentación correspondientes á su estado, apenas se ofrece á su vista la imágen adorable de Jesucristo crucificado, sin poder contenerse, arranca de su cabeza la preciosa guirnalda de diamantes que la adornaba, y retirándola de sí con un santo desprecio, exclama: cuando la cabeza de mi Dios está por mi culpa coronada de tan agudas espinas, ¿tendría yo el atrevimiento de ponerme en su presencia engalanada con este miserable fomento de la vanidad y de la soberbia? Cuando la santidad infinita está reducida por mi culpa al estado más lastimoso, yo, desgraciadamente pecadora desde mi formación, ¿seré capaz de obedecer á las leyes del orgullo? Y ya que no la sea posible presentarse en público destituida de los preciosos ornatos correspondientes á su dignidad real, rodea su cuerpo de un cilicio cruel, de un áspero y grosero saco oculto bajo sus ropas, para que de ningún modo puedan éstas servir de pábulo á la soberbia.

Pero era necesario edificar á los vasallos con el ejemplo; y hé aquí que, aprovechando la oportunidad que nos presenta la Iglesia en el triste recuerdo de los misterios sublimes que celebra en la Semana santa, contra la escandalosa costumbre de muchas mujeres, que se reputan por cristianas y se presentan en tales dias en el templo á insultar con su lujo desmedido la vergonzosa desnudez de nuestro Salvador; hé aquí, digo, que Isabel se presenta en público

sin otro traje que un grosero sayal, sin otra comitiva que alguna criada que seguía gustosa su ejemplo; y enteramente descalza recorre toda la ciudad, visita sus templos; y tomando por modelo á la Reina de los ángeles, presenta en todos ellos la ofrenda de los pobres. Empeñada en seguir la doctrina y el ejemplo del hombre Dios, se entrega absolutamente al ejercicio de la oracion más fervorosa, de la meditación más profunda; y como si no la bastáran á este fin todas las horas del día, se priva del sueño, aprovecha las ocasiones en que advierte más profundamente dormido al Landgrave su esposo; deja el lecho por el oratorio, el sueño por la oracion, y el placer inocente por una mortificación austera.

Para imitar más perfectamente al Salvador se aficiona al trabajo, destierra de su palacio la ociosidad, acostumbra á sus damas á ocuparse en la labor de manos; y para que no tengan de qué avergonzarse, las estimula con su ejemplo, eligiendo para sí las labores más groseras, más fatigosas, y si se quiere, las más degradantes, haciéndose por este medio acreedora á los elogios que de la mujer fuerte hace Salomon, cuando dice: *Buscó lana y lino... y sus dedos manejaron el huso.* No pudiendo dudar, que la principal ocupacion del Salvador en este mundo fué la misericordia, viéndole alimentar á tantos necesitados en el desierto, curar á tantos enfermos, limpiar á tantos leprosos, ejercer los oficios de una caridad la más ardiente con todos los menesterosos; viendo todo esto, se decide... Yo quisiera dar una idea de la misericordia, de la caridad, de la beneficencia de Isabel; pero mis lábios son demasiado groseros para bosquejar un cuadro tan prodigioso; es muy torpe mi lengua para tributar los debidos elogios á una virtud acreedora á las alabanzas de los ángeles.

Vosotros, felices habitantes de la Turingia, vosotros pudierais instruirnos de lo que con tanta admiracion vieron vuestros ojos. Vosotros pudierais darnos auténticos testimonios de aquella caridad heróica, con que en un solo lugar proporcionaba diariamente el remedio más copioso á novecientos pobres; de aquella caridad abrazada con que, por evitar á los infelices la molestia de subir hasta las puertas del real palacio, edificó un hospicio en el valle á donde, á pesar de todas las incomodidades, bajaba todos los días la reina á distribuir por sus propias manos el sustento, el vestido, el calzado, y á ofrecer por sus propios lábios el consuelo, la instruccion y el amor á la virtud á tan gran número de infelices. Vosotros solos pudierais pintar al vivo aquella rara, extraordinaria, prodigiosa misericordia, con que en los hospitales erigidos y conservados á sus expensas, se presentaba, no ya esta reina, sino más bien este ángel,

este glorioso querubín; y como la más despreciable de las esclavas se acercaba al lecho de los más asquerosos, de los más inmundos, para limpiarles con sus delicadas manos la heliendex de sus llagas, para aplicarles las medicinas, suministrarles los alimentos, derramar en sus corazones el delicioso bálsamo del consuelo; aquella inimitable caridad, que la condujo al extremo de colocar en el tálamo destinado para sí y para su esposo uno de aquellos enfermos, cuyo cuerpo era todo una llaga viva, una fuente inagotable de podredumbre; mereciendo, como otro Martín, que el Señor hiciera patente en el palacio, que en aquel miserable habia asistido al mismo Jesucristo. Vosotros mismos podreis formaros idea de aquel estupendo prodigio de la misericordia, con que estando ausente su esposo, y viendo á sus vasallos en gran manera afligidos por la cruel hambre á que les conducia una excesiva esterilidad, emplea en su remedio todos los granos, todos los tesoros, todos los arbitrios, todas las rentas de sus estados, excitando por esta causa la crítica, la censura y aún la maledicencia de malévolo, que la delatan al Landgrave como disipadora de los fondos públicos y privados; pero sin otro resultado que hacerle contestar, que dá por bien empleados todos sus bienes en beneficio de la humanidad, estando seguro de que la divina Providencia recompensaría aquella heroica caridad multiplicando prodigiosamente sus riquezas.

¿Se vió jamás hacer un uso más plausible de la grandeza, del poder, de la opulencia, de la salud, del conjunto de todos los bienes, que pueden completar la prosperidad del hombre en esta vida? Preciso es confesarlo: los bienes todos no fueron capaces de rendir la fortaleza de Isabel. ¿La veneracion, por lo ménos, los trabajos y las desgracias? Terrible, á la verdad, fué la prueba que de su virtud quiso hacer la divina Providencia por medio de la tribulacion; terribles los ataques que por este lado la dirigió el enemigo. Si fué completa la prosperidad de Isabel, en nada fué inferior su desgracia á los ojos del mundo, y por lo mismo que habia disfrutado en la mayor abundancia de cuanto pudiera desear, debió serla mucho más sensible el enorme peso de las calamidades. Enorme, digo: aquel extraordinario testimonio de humildad con que, á vista de la corona de agudas espinas que tan inhumanamente atormentó á nuestro Salvador, alejó de sí la preciosa guirnalda que adornaba su cabeza; esta humildad, que debiera arrebatár la admiracion y recabar las alabanzas, llamó contra sí la censura, la indiferencia, el odio, la persecucion de los orgullosos palaciegos, de los soberbios y vanos cristianos, y aún de las personas, que debieran tomar un interés más vivo

en la conservación de su opinión y en el acrecentamiento de su virtud. Nada omitieron de cuanto juzgaron conducente para retraer al príncipe Luis de efectuar el proyectado matrimonio. Tal vez hubiera sido muy satisfactorio para la joven Isabel, que hubieran conseguido disuadirle; pues es muy creíble, que para tomar un estado poco ó nada conforme á sus inclinaciones, no tuvo otro aliciente que el de ofrecer el sacrificio más completo de su voluntad en aras de la obediencia; pero el Señor lo dispuso de otro modo para proporcionarla medios de acrisolar su virtud, y de acrecentar sus merecimientos. Á los diez y nueve años de su edad tuvo el sentimiento de ver morir al Landgrave, el único en quien hallaba algún consuelo, el único en quien estaban cifradas todas sus esperanzas, el único que con su hijo Luis hacían de su virtud el debido aprecio, y la profesaba el afecto á que la hacían acreedora sus méritos relevantes. Si llevado á efecto su matrimonio la respetan, la aclaman, y la colman de elogios, por una parte; los aduladores hipócritas, ya habeis oído la diabólica malignidad con que procuran, por otra, desacreditarla, y aún hacerla odiosa á los ojos de su esposo Luis. ¿Cuál pensais que sería la consternación de Isabel, cuando apenas coloca á aquel asqueroso y hediondo enfermo en el lecho nupcial, ve entrar á su esposo armado, arrebatado de indignación, vertiendo por sus ojos un furor ciego y una venganza sin límites? ¿Qué infames é indecorosas sospechas habrían infundido aquellos perversos en el corazón de Luis? Es verdad que un patente y extraordinario prodigio las desvanece en el momento, y acrecienta hasta lo sumo el amor, el respeto, la admiración de aquel príncipe, que ve al mismo Dios tomar á su cargo la defensa de su inocente y virtuosísima esposa; más no lo es ménos que el Señor, que la tenía preparado un cáiz demasiado amargo, quiere que lo beba hasta las últimas heces.

Á los siete años de su matrimonio la muette inexorable la arrebató para siempre á su joven esposo, sin permitirle el triste consuelo de poder asistirle en su última enfermedad, que le acometió á muy larga distancia de la córte. Apenas se divulga tan infausta nueva, se quitan la máscara los infames, que no podían soportar la piedad y las demás heróicas virtudes de Isabel: sus aclamaciones se convierten en impropiedades, sus elogios en maldiciones, las demostraciones de respeto en un ódio profundo, y el fingido amor en una persecución horrorosa. Á muy pocos días de su viudez ve despojado á su hijo de la corona, que le pertenecía por un derecho indisputable; y el usurpador Enrique, apenas ocupa el sòlio, lejos de dispensarla las consideraciones debidas, la hace salir precipitadamente del castillo,

y aún de la ciudad, con una inhumanidad de que se hallan pocos ejemplares en la historia, sin equipaje, sin provisiones, sin el menor recurso, sin otro carruaje que sus piés, sin otra comitiva que sus tres hijos, el mayor de los cuales apenas contaba seis años, sin más auxilio que la Providencia.

Hé aquí á la hija de un soberano, madre de un príncipe, abandonada, errante, sin casa, sin consuelo, precisada á mendigar de puerta en puerta un escaso y grosero alimento para sus míseros hijos, cuyas lágrimas conmueven su corazón más que los demás infortunios. Para colmo de su desgracia, el usurpador promulga un riguroso decreto, prohibiendo bajo las penas más severas á todos sus súbditos, que la hospedarán ó la diéran el menor alivio; llegando á verificarse en su consecuencia, que la misma que había franqueado su palacio á todos los menesterosos, tiene el desconuelo de ver, que aún á aquellos mismos á quienes ella había socorrido con la mayor abundancia, la cierran sus puertas; y manifestándose insensibles á su indigencia, la rehusan una escasa porción de pan que no negarían á un perro. Constituida en tal conflicto, se ve precisada á recogerse á una especie de pocilga sumamente pobre, desabrugada y ruinosa; pero acogiéndose á su acostumbrado recurso, mira á su adorado Jesús en el Huerto, en el Pretorio, en el Calvario; compara con los suyos los trabajos y méritos de este divino Salvador; siendo el resultado no solo resignarse con humildad, sino llenarse de júbilo al verse perseguida de este modo; y animada por estas ideas se dirige al templo de los religiosos franciscanos, y les hace cantar con solemnidad el *Te Deum*, para dar gracias á Dios por la excesiva misericordia con que se digna tratarla. ¿Quién ha visto jamás una fortaleza semejante en igualdad de circunstancias? No me detendré á referiros aquella dulce serenidad con que recibió la más enorme injuria de un monstruo del Inferno (no merece el nombre de mujer), de un prodigio de ingratitud, en cuyo beneficio se había esmerado la Santa, y que viéndola reducida á tal abatimiento, la menosprecia, la insulta, y con el mayor desacato la arroja en un hediondo cenagal; diré, sí, que si cambia la suerte, si la Providencia hace que se restituya á su hijo la corona y el cetro que por su nacimiento le pertenecían, y le coloca en el sòlio de su padre, el primer cuidado de Isabel será ordenar, que sean completamente perdonados sus perseguidores. Más todavía; para dar á sus súbditos el testimonio más auténtico de su desinterés, y de la ardiente caridad que abraza en su pecho, ella misma renuncia voluntariamente en manos del usurpador la regencia de sus Estados durante la minoría del Landgrave su hijo.

Ya habreis conocido la dificultad, la imposibilidad de que su fortaleza se rindiese á los golpes de la tribulacion, por más reiterados que fuesen; al contrario, la son en gran manera deliciosos; en nada cifra tanto su gloria como en verse oprimida bajo el peso de la cruz; busca con ánsia esta insignia del cristiano; renuncia por ella la posesion de todos los honores, de todas las comodidades, de todos los palacios, de todos los bienes. Se consagra al servicio de su Dios en una vida pobre, austera y humilde; se consagra al servicio de su Dios; pero en ese nuevo género de vida la esperan tribulaciones más duras, contradicciones más difíciles, obstáculos más insuperables; la esperan las rigurosas pruebas de un director, que parece empeñado en retraerla del ejercicio de las virtudes á que con tal fervor se había consagrado. Éste la prohíbe severamente aún el voto de pobreza cuando hizo los de castidad y obediencia, como si, en cierto modo, quisiera inspirarla la idea de desconfiar de la Providencia divina; la obliga á conservar el dominio de su riquísima dote, y la prohíbe usar de ella para socorrer á los pobres con la liberalidad acostumbrada; la prohíbe las acciones más sublimes, las más heroicas de la caridad cristiana; y dispone que sus criadas la reprendan con altanería, la insulten con desprecio, y la ultrajen con bofetadas por una obra á que el mismo Dios dió aprobacion con un milagro palpable.

¿Quereis aún mayores pruebas? Nadie, nadie la oyó jamás la menor queja; nadie observó en ella un solo gesto que manifestase indignacion ó resentimiento; nada fué capaz de alterar el dulce sosiego de aquel ángel en carne humana. Su fortaleza triunfó completamente del mundo y del Infierno; los bienes temporales no la hicieron experimentar el más mínimo movimiento de soberbia, así como el peso de todas las desgracias tampoco logró sumergirla en el abismo de un abatimiento criminal. Su fortaleza es inconquistable, su virtud prodigiosamente sólida; así que, nada es capaz de entibiar el fuego de su caridad.

Pasado es ya, Señor, el tiempo de las pruebas; ya veis que ha triunfado completamente en todas las batallas; ¿no llegará el día feliz en que reciba el oportuno galardón? Sí, oyentes; tengo que violentarme para cortar el hilo de un discurso tan precioso. Nada es lo dicho en comparacion de lo mucho que pudiera y debiera decirse; pero no me es lícito abusar por más tiempo de vuestra paciencia. El Señor, llamándola para sí, demuestra la verdad con que dijo el Sábio: *Estará alegre en los últimos días.* ¿Quién puede figurarse el placer, la satisfaccion con que al presentarse en el tribunal de la suprema justicia, oye resonar por todas partes sus alabanzas, referir

con admiracion sus admirables virtudes? El mismo Dios me parece deciría lleno de complacencia: *Muchos son los hijos ó esposas que han allegado riquezas: mas á todas las has tú aventajado.* Una multitud de vírgenes, de casadas, de víndas, de religiosas, de mártires, me agrada en gran manera con el heroismo de sus virtudes; tú has reunido los relevantes méritos de todas ellas; y aún puede decirse sin exageracion, que las llevas una conocida ventaja. Vén, vén, amiga mia, hermosa mia, escogida mia; vén, recibe la corona que tan justamente has merecido. Tú has admirado al mundo con tus acciones; admírale ahora con la eficacia de tu poder. La naturaleza, la fortuna, la enfermedad, la muerte, todo queda sujeto al imperio de tu voz. Con efecto, son tantos y tan asombrosos los milagros obrados por su intercesion, que hasta los más severos críticos se ven precisados á confesar su autenticidad: son tan evidentes, que sin poder resistir á su eficacia, el romano pontífice Gregorio IX, que había canonizado á Francisco de Asis, ordenó que esta hija del gran patriarca fuese colocada en los altares cuatro años despues de su muerte.

Caminemos, hermanos míos, caminemos con Isabel por las sendas de la virtud, mostrémosnos siempre superiores á las tentaciones y asechanzas del mundo. Si éste mezcla de amargura nuestros más preciosos días; si adorna con odiosos colores nuestras virtudes; y si se aprovecha de nuestras desgracias para movernos las más violentas persecuciones, oponámosle siempre una paciencia acrisolada en todos los desgraciados acontecimientos. De este modo atraeremos con ella á la verdad á un mundo injusto, seducido por el fanatismo; obligaremos al reconocimiento á un mundo ingrato, abusador de nuestros beneficios; y nos atraeremos el respeto de un mundo tiránico que nos persigue. Así, despues de haber imitado las virtudes de Isabel, conseguiremos la recompensa de que ella goza en el Cielo. Y vosotros, individuos de la Tercera orden del Serafin de Asis, vosotros, que venerais á Isabel como vuestra especial patrona, gradad en vuestros corazones sus gloriosos hechos para imitarlos, y poder un día rodear su trono en la mansion de la felicidad eterna.